

I de repente sonó el teléfono

Marçal Mora Piquet

Relato breve

Y de repente sonó el teléfono

Marçal Mora

Portada atribuida a mrsiraphol



Capítulo 1

I de repente sonó el teléfono.

John Bisham estaba de los nervios, se había pasado unas tres horas dando vueltas por la habitación esperando una llamada. Tampoco es que pudiera hacer mucho más encerrado entre aquellas cuatro paredes: esperar para poder salir y mientras tanto, observar, pensar y sobretodo tranquilizarse. Esto último no lo llevaba muy bien. Tampoco ayudaba la decoración sobria de la sala. Un sofá sencillo pero elegante, para dos personas y de color gris, sin brazos ni reposa-cabezas, al estilo Bauhauss que decoraba el entorno. Un teléfono verde y sin números para poder llamar, colgado de la pared. Ayudaba quizá la planta de anchas hojas verdes, casi tropicales que se alzaba en uno de los rincones, descansando sobre una maceta del mismo color que la piel del sofá. Se podría pensar que sus hojas alicaídas podían insinuar como se sentían las personas que acababan en ese cuarto. John era una de esas. Cuando se acercó al macetero observó que la tierra estaba poblada de colillas, plantadas sin ton ni son en sus diferentes tamaños, marcas y tonos de boquillas que, otros como él habían enterrado en el único e improvisado cenicero disponible. ¿podría estar ahí la razón de esa hoja cabizbaja?. John se convenció que no, que la hoja, con sus años de vida, ya había aprendido a adaptarse al estado de ánimo de las personas que habían pasado por allí, que se había mimetizado con ellas. Son mucha gente seguramente, muchos años, muchas horas. Al poco rato, repitió el mismo gesto que hizo al entrar, cuando uno de los alguaciles lo invitó a entrar.

-Espere aquí dentro

-¿Por cuanto tiempo? -preguntó John avanzando unos pasos.

-Hasta que reciba su llamada, dijo sin más.

Y en ese mismo instante John miró su reloj, un acto reflejo que el guarda aprovechó para cerrar la puerta con llave.

John no pudo hacer más que una mueca de disgusto, resignación y desagrado, y observó de nuevo el reloj, deseando que el juicio acabara pronto pues las condiciones no eran las que él se había imaginado esa misma mañana; y era más que evidente que no tenía otra opción.

Desacato al tribunal – va!, memeces!, se dijo una y otras mil veces más, pero la realidad era que lo habían expulsado de la sala y su mujer estaba siendo juzgada, sola, por el pleito del vecino que, después de tantas amenazas, el capullo las cumplió. La mujer de John, Elionor, era dueña de la casa, y era ella quién debía presentarse delante del juez, aunque las barbacoas fueran cosa de John. Había estado denunciada porque el humo

de las barbacoas de los domingos inundaba la casa de al lado, mejor dicho, la habitación que, desde la ventana abierta permitía que emperifollase el cuartucho que el señor Zamensky, su ya odiado vecino polaco tenía en la segunda planta, la habitación de su hijo que se marchó a la guerra con los rusos y del que aún no habían tenido noticias. Tampoco es que las quisieran, o al menos John, pero Elionor siempre rezaba por aquel chaval que les había mal cortado el césped de la entrada unos cuantos veranos antes por unos miseros dólares.

-Desacato, ja! - gritó John a solas en la habitación, su paciencia ya la había perdido en la sala y quizá mucho antes, antes incluso de salir de casa esa misma mañana, al tener que acompañar a su mujer al juzgado y sentarse él detrás, aunque fuera de testimonio de cargo y hubiera hecho callar al juez con su vozarrón, sus insultos al ver entrar al hijo puta del vecino y por supuesto, interrumpir constantemente el juicio con gritos de desaprobación por lo que allí se contaba.

No hubo mas remedio, y el juez se enfureció, la sala aplaudió la orden y John fue acompañado para que saliera de la sala. Su mujer no levantó la cabeza, ya estaba triste antes de empezar con todo esto del juicio y de los abogados con los que se habían citado meses antes. Pero todos decían lo mismo: con un hijo en la guerra, tendrán las de perder, les obligaran a no hacer mas barbacoas y a pagar una multa de unos 2000 a 3000 dólares por no aceptar un acuerdo de convivencia. Un acuerdo que John rechazó sin que su mujer pudiera objetar nada, aunque fuera ella la denunciada, aunque fuera ella la que le rogaba que aceptasen el acuerdo, para evitar así un mal mayor, para evitar pagar un dinero que no tenían, pero no pudo convencerlo, ni luego, con la discusión que se alargó a altas horas de la noche. John no quería dejar sus barbacoas del domingo, ni menos pensar que su vecino extranjero se saliera con la suya.

John meneaba la cabeza lentamente, como un no, repetido un millón de veces. No le cabía en la cabeza que le privaran de poder hacer comida en su jardín, en su propiedad, bueno en la de su mujer, que ya lo amenazaba en que debía largarse de su casa, no tenía trabajo des de hacia unos años, y las tardes las llenaba de cervezas que se amontonaban en bolsas de basura para jardín en el garaje pendientes de tirar algún día.

-Si pierdo John, si por tu maldita estupidez tengo que pagar la multa, ya te estas largando de casa! - le dijo altamente enojada Elionor la noche antes del juicio.

John tenía los nervios a flor de piel, encerrado en ese cuarto de los juzgados, desde ya no sabía cuantas horas, esperando una llamada, la noticia que pondría fin a la demanda, la que supuestamente saldaría las rencillas con el jodido vecino, la que quizá le destrozaría la vida a John, si

es que no estaba suficientemente destrozada.

Entonces sonó el teléfono.